

cesión apostólica: el «*baced esto en conmemoración mía*» permite que a lo largo de la historia no pueda decaer la confesión del *mysterium fidei*. En efecto, «*la plenitud del testimonio trinitario se nos ha dado en su revelación pascual, que bajo la custodia del ministerio apostólico está atestiguada en el corazón de la Iglesia por la celebración eucarística y anunciada al mundo por la proclamación del Evangelio*»<sup>16</sup>.

Si se minusvalora el reconocimiento de la transmisión de la fe en cuanto profesada por el sujeto Iglesia, las consideraciones sobre la continuidad o discontinuidad de la doctrina llevarán siempre a callejones sin salida.

Gabriel Richi Alberti

## Recensiones

---

LE GUILLOU, M.-J., *El Rostro del Resucitado. Grandeza profética, espiritual y doctrinal, pastoral y misionera del Concilio Vaticano II* (Ediciones Encuentro, Madrid 2012). 424 pp. ISBN: 978-84-9920-153-5

1. Desde la tercera sesión del Concilio Vaticano II, numerosos obispos pidieron al padre Le Guillou que esbozara “una síntesis global del Concilio susceptible de ayudar a sus sacerdotes y a sus laicos a realizar los descubrimientos que ellos mismos habían hecho a lo largo de las sesiones”: en particular, el autor menciona a los cameruneses Mons. Zoa (arzobispo de Yaoundé) y Mons. Ndongmo (obispo de Nkongsamba), así como al congoleño Mons. Ndongmo (arzobispo de Léopoldville), quienes le habían invitado a sus respectivas diócesis para explicar el Concilio (pp. 48-9). Para julio de 1966 el libro estaba sustancialmente compuesto (p. 40) y la idea era publicarlo en diciembre; motivos de salud y el trabajo vinculado a la creación –dentro del Instituto Católico de París– del Instituto Superior de Estudios Ecuménicos, retrasaron la publicación de la obra hasta 1968, año de la fe (p. 47).

El profesor Gabriel Richi ha preparado una nueva edición de este libro, que ve la luz al mismo tiempo y con los mismos criterios editoriales en España (Encuentro

---

<sup>16</sup> LE GUILLOU, *El misterio del Padre*, 265.

2012), Francia (Parole et Silence 2012) e Italia (Cantagalli 2012). Se ha procedido a un atento trabajo de verificación del aparato crítico de la obra: se corrigen algunas imprecisiones en las citas bíblicas y conciliares, se completan las referencias a los discursos de Juan XXIII y Pablo VI y algunos datos de los volúmenes citados por el autor. Además, para facilitar la lectura, se distinguen tipográficamente las abundantes citas de los documentos conciliares respecto al texto del autor (p. 26).

2. No resulta nada fácil comprender el Concilio Vaticano II en toda su unidad: “los brotes incesantes e inesperados de las crisis conciliares, la violencia de las tensiones en el interior de la comunidad católica, el interés apasionado por la puesta en marcha de reformas, para la adaptación o la transformación que provoca la apertura al mundo, la sobrecarga de trabajo conciliar, todo ello ensombreció la mirada de los mejores participantes así como la de los observadores más fieles: los árboles taparon el bosque y no se captó la fuerza de la efusión creadora del Concilio” (p. 49, p. 59). Le Guillou quiere ayudar a sus lectores a superar esa dificultad y desea ofrecerles una clave unificadora.

Según el autor, “en el origen de la increencia moderna se encuentra el espectro de un Dios definido por entero en contra del hombre” (p. 402). El Concilio, consciente de ello, ha querido ayudar a la conciencia humana a pasar del rostro desfigurado de Dios a su auténtico rostro: “imaginamos a Dios como verdugo, como un déspota y el rostro que inventamos nos aterroriza y nos impide reconocer ese Rostro que quiere manifestarse en el amor” (p. 418). Ese rostro genuino y bueno de Dios se nos revela en Cristo glorioso. Le Guillou explica que le impresionó vivamente una frase del mensaje de Juan XXIII a todos los fieles del orbe (11-IX-1962): “¿Qué es siempre, en efecto, un concilio ecuménico sino la renovación de ese encuentro de la faz de Jesús resucitado, Rey glorioso e inmortal, que irradia sobre toda la Iglesia, para salud, alegría y esplendor de las gentes humanas” (p. 44, p. 55). Este texto impactó tanto al autor que decidió titular su obra “El Rostro del Resucitado”: ese sería el punto que dota de unidad al Concilio Vaticano II (p. 45).

Esta tesis puede sorprender, pues estamos acostumbrados a oír que el Concilio Vaticano II fue más bien eclesiocéntrico: suelen citarse en esta línea el discurso de Suenens de 4-XII-1962 (propone que el Vaticano II sea un Concilio *de Ecclesia* con dos perspectivas: *de Ecclesia ad intra* y *de Ecclesia ad extra*) y el de Montini de 5-XII-1962 (“¿Qué es la Iglesia? ¿Qué hace la Iglesia? Estos son como dos ejes en torno a los cuales deben disponerse todas las cuestiones de este concilio”). Le Guillou propone una distinción muy interesante entre el objeto propio de los documentos del Vaticano II (que sería la realidad de la Iglesia y su relación con el mundo) y el punto de vista que adoptan (que no es eclesiológico, sino cristológico y trinitario) (p. 13): “¡Qué paradoja que un Concilio, cuyo objeto propio es la Iglesia, aparezca completamente dominado por el misterio del Dios trinitario! Sin embargo no hay hecho más indiscutible!” (p. 142).

Desde esta perspectiva la Iglesia aparece, ante todo, como misterio o sacramento. Es, a mi juicio, una de las categorías clave de la obra. Le Guillou la entiende desde Colosenses y Efesios: el misterio es, en primer lugar, “Cristo y toda su obra y, sobre todo, su cruz”; en segundo lugar, se designa “misterio” a la Iglesia, “su cuerpo,

en el que los hombres se reconcilian, al mismo tiempo que se unen entre sí y con el Padre". El primer sentido fundamenta al segundo: la Iglesia realiza la obra de la reconciliación en la medida en que hace presente el misterio de Cristo (pp. 166-7). Por eso, la Iglesia "únicamente se puede comprender a partir de su fuente, Dios en su Hijo Jesucristo, y en función de su fin: la humanidad entera reintegrada en la unidad del Hijo" (p. 165).

Esta idea atraviesa todo el libro y marca un orden preciso de lectura del Concilio: "La vía de acceso [al Vaticano II] es necesariamente la constitución *Dei Verbum* (sobre la Revelación) y la constitución *Sacrosanctum Concilium* (sobre la liturgia). Gracias a ella podremos descubrir el significado verdadero de *Lumen Gentium* y de *Gaudium et Spes* así como de todos los demás textos, que no es otro que el Misterio de Cristo" (p. 101). En cambio, "una interpretación del Vaticano II, a partir de *Gaudium et Spes* considerada como una especie de absoluto, se desvanece a causa de su inconsistencia".

En la opción por uno u otro orden se juega la recta comprensión de la relación entre Iglesia y mundo. Es verdad que el camino hacia Dios pasa por los hombres, pero esta fórmula debe ser bien entendida: según Le Guillou, es imposible asumir sin más eslóganes como "la misión es la humanización" o "el desarrollo es el nuevo nombre de la misión"; la misión de la Iglesia no consiste simplemente en llevar al mundo a su consumación. En tal caso "la Iglesia sería el movimiento del mundo en su aspiración suprema, la cresta de la ola empujada por la masa profunda de las aguas". Al límite, no se podría distinguir a la Iglesia del mundo y Cristo sería el siervo del éxito humano.

En unas líneas que, a mi juicio, constituyen el corazón del libro, dice Le Guillou que "ciertamente hay que reconocer las llamadas del mundo, pero hay que juzgarlas en Jesucristo. El centro y el sentido de la presencia divina en el mundo no es psicológico ni social sino *eclesial*, y lo eclesial envuelve y sostiene lo psicológico y lo social. *La Iglesia es el sacramento de la salvación del mundo* y quiere cada vez más hacer tomar conciencia al cristiano de su originalidad. 'A la Iglesia toca hacer presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado, con la continua renovación y purificación propias bajo la guía del Espíritu Santo' (GS 21) ¡Fórmula admirable! ¡A lo mejor la más destacada del Vaticano II!" (pp. 256-7).

En las páginas 152-3 Le Guillou dibuja dos esquemas en los que detalla, a la luz de este principio fundamental, la estructura orgánica de los temas, constituciones, decretos y declaraciones del Vaticano II: a lo largo del libro va recorriendo dichos esquemas y de ese modo ofrece una visión global y sistemática del Concilio. Resulta admirable el modo en que el autor integra teología trinitaria, cristología y antropología. Para articular esta síntesis, Le Guillou recupera importantes motivos de la mejor tradición patristica y medieval, de los cuales me limito a destacar dos: la creación del hombre y del mundo en Cristo, y la idea del *Verbum incarnandum* o *incarnaturum*; el modo en que se explican ambos puntos en el capítulo cuarto me parece magistral.

3. El 6-I-2012 la *Congregación para la Doctrina de la Fe* promulgó una nota con indicaciones pastorales para el *Año de la fe*. El documento propone, entre otras

cosas, que todos los creyentes profundicen en el estudio de los principales documentos del Concilio Vaticano II y del *Catecismo de la Iglesia Católica*; sugiere que también la formación permanente del clero se concentre en dichos textos, “tratando, por ejemplo, temas como ‘el anuncio de Cristo resucitado’, ‘la Iglesia sacramento de salvación’, ‘la misión evangelizadora en el mundo de hoy’, ‘fe e incredulidad’”. Será difícil encontrar un libro más adecuado que este para dicha tarea.

Manuel Aroztegi

---

BRITO, E., *Philosophie moderne et christianisme* (BETL 225 A y B; Uitgeverij Peeters, Lovaina – París – Walpole, MA 2010) XXI + 1.514 pp. ISBN: 978-90-429-2156-6

Emilio Brito es profesor de la Université Catholique de Louvain y ha dedicado tres décadas de su vida al estudio de la teología en el idealismo alemán: Fichte, Schelling, Hegel y Schleiermacher. Entre sus publicaciones podemos destacar las siguientes: *Hegel et la tâche actuelle de la christologie* (1979); *La christologie de Hegel: Vebum Crucis* (1983); *La création selon Schelling: Universum* (1987); *Dieu et l'etre d'après Thomas d'Aquin et Hegel* (1991); *La pneumatologie de Schleiermacher* (1994); *Heiddeger et l'hymne du sacré* (1999); *Philosophie et théologie dans l'oeuvre de Schelling* (2000); *J. G. Fichte et la transformation du christianisme* (2004); *La théologie de Fichte* (2007).

Con esta sólida base de investigación, en esta obra, *Philosophie moderne et christianisme*, que se presenta en dos volúmenes con una austera y cuidada edición, el autor no trata de exponer cómo ha sido recibida la teología moderna por la teología cristiana, sino que el objeto del estudio es mostrar cómo los principales filósofos de la modernidad han reflexionado sobre el cristianismo. El profesor Brito es consciente de que no es una historia exhaustiva de la cuestión abordada, de modo que el tratamiento dado a los filósofos no es igual, han tenido preferencia aquellos cuya actualidad, a su parecer, es mayor. Sobre esto, el lector rápidamente podrá discrepar desde sus propias preferencias: ¿No habría merecido más espacio Edith Stein (pp. 1040-1042) y su esfuerzo por que se encontrase la fenomenología con la tradición tomista? ¿Por qué a Zubiri sólo se le nombra en una nota a pie de página (p. 1362 n. 21) mientras que J. Nabert tiene un apartado propio (pp. 1166-1179)? ¿Sólo es de interés para un estudioso, cuya lengua materna es el español, Unamuno de entre los que pensaron y escribieron en castellano? ¿Nada más Gentile de entre los italianos del pasado siglo? Etc.

La metodología empleada tiene carácter inductivo y genético, no porque los autores sean estudiados desde sus obras juveniles hasta las más maduras, pues el